

Masculinidades de autoayuda: Psicologización de la hombría y cultura terapéutica

Self-help masculinities: Psychologisation of Manhood and Therapeutic Culture

Antar Martínez-Guzmán*

Universidad de Colima, México

antar_martinez@uacol.mx

DOI: 10.5281/zenodo.5544320

Recibido: 30/07/2021 Aceptado: 09/09/2021

Resumen: Nunca como hoy la preocupación en torno a las masculinidades y las implicaciones del ser-hombre había estado tan presentes en distintas esferas de la vida pública. Asistimos a la multiplicación y propagación de agendas, programas y pedagogías sociales en torno a la masculinidad. Las prácticas y discursos psicológicos, así como sus mecanismos de propagación cultural, tienen una presencia cardinal en las comprensiones actuales sobre la masculinidad y han contribuido a articular un lenguaje para su intervención. En este texto exploramos dicho escenario a través de las nociones de *psicologización* y *cultura terapéutica*. Rastreamos ciertas inflexiones en el devenir de la masculinidad como objeto de dispositivos de conocimiento y gestión de la individualidad psicológica. Centramos el análisis en dos campos: a) el desarrollo de la ciencia psicológica dominante o canónica; y b) la expansión y popularización de los saberes *psi* en la cultura de autoayuda.

Palabras clave: psicologización, masculinidades, gubernamentalidad, autoayuda.

Abstract: Never like today concerns about masculinities and the implications of being-a-man had been so present in diverse public life scenarios. We witness the multiplication and propagation of social agendas, programs and pedagogies around masculinity. Psychological practices and discourses, as well as their means for cultural propagation, have an important presence in current understandings of masculinity and articulate a language for its intervention. In this text we explore this scenario through the notions of psychologization and therapeutic culture. We trace certain inflexions in the development of masculinity as an object in the field of psychological dispositives for knowledge production and individual management. We focus our analysis on two fields: a) the development of the dominant or canonical psychological science; and b) the expansion and popularization of *psi* knowledge in self-help culture.

Keywords: psychologisation, masculinities, governmentality, self-help.

* Mexicano, doctor en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) y Profesor-Investigador de tiempo completo en la Facultad de Psicología Universidad de Colima. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (CONACYT) y del grupo de investigación Fractalidades en Investigación Crítico (UAB). <https://orcid.org/0000-0003-4074-2327>

1. Introducción

Nunca como hoy las masculinidades y las implicaciones del ser-hombre habían sido asuntos tan discutidos, tan presentes en el debate social y mediático, y tan centrales en las políticas formales e informales de gestión en la esfera pública. Si bien los estudios de las masculinidades se instalaron sólidamente durante las últimas décadas y han tenido un amplio desarrollo en el campo de las ciencias sociales y los estudios de género, no es sino hasta años muy recientes que la masculinidad ha estallado como un tema de interés en los más diversos ámbitos sociales, incluyendo los discursos culturales de amplia circulación. Gracias a las interpelaciones críticas y a los cismas políticos producidos por las luchas feministas y los movimientos de las disidencias sexo-genéricas, el sujeto masculino pierde su aura privilegiada de universalidad y neutralidad, para concebirse como producto histórico y cultural, como vector de opresión y reproductor de formas de desigualdad y violencia. Quizá como nunca antes, los hombres -en tanto sujetos de género- se vuelven objetos de análisis y blanco de intervención.

Parece haber un consenso extendido, aún desde distintas perspectivas, sobre la necesidad de trabajar sobre las masculinidades como aspecto clave para contribuir a transformar el orden de género estructurado por la desigualdad y la violencia. Este consenso se expresa, por ejemplo, en las palabras de Carabí y Segarra (2000:18), cuando afirman que “la evolución del varón es crucial para la transformación de la sociedad puesto que si el sujeto del patriarcado, el hombre y su construcción de masculinidad no varía, no cambia casi nada”. En este contexto, asistimos a la multiplicación y la propagación de agendas, programas y pedagogías sociales en torno a la masculinidad y al ser-hombre; se advierte una diversidad de iniciativas orientadas a la reforma de las masculinidades y la re-educación de los varones en ámbitos institucionales, empresariales y de la sociedad civil. Observamos, además, una proliferación de discursos culturales y mediáticos, de técnicas y procedimientos prácticos, avocados a construir nuevos y mejores hombres. La masculinidad se constituye en lo que, en términos foucaultianos, se entiende como ‘objeto de interés’. Aunque este escenario muestra una heterogeneidad de perspectivas, orientaciones y léxicos, la preocupación actual sobre el tema bien podría ilustrarse prototípicamente con la difusión y auge de la noción de ‘nuevas masculinidades’.

En este texto nos interesa explorar una particular deriva de esta intensificación de atención e interés sobre el tema de la masculinidad. Buscamos interrogar la manera en que la masculinidad se integra y circula en el ámbito de los saberes *psi*, entendiéndolos no tanto como un campo disciplinario o un objeto de conocimiento claramente delimitados, sino como un conjunto heterogéneo de discursos, prácticas y dispositivos materiales en torno al comportamiento y la vida psíquica de los sujetos, que emerge en las sociedades occidentales modernas y que cumple efectos performativos de gobierno, en tanto contribuye a orientar la subjetividad y la conducta de individuos y poblaciones en torno a objetivos estratégicos (Rose, 1993; Castro-Gómez, 2015).

Las prácticas, discursos y tecnologías psicológicas, así como sus mecanismos de propagación y popularización cultural, tienen una presencia importante en las comprensiones actuales sobre la masculinidad y, además, han contribuido a codificar y articular un lenguaje para su intervención. Para explorar este escenario utilizamos las nociones de psicologización y cultura terapéutica, puesto que nos permiten rastrear ciertos cambios e inflexiones en el devenir de la masculinidad como objeto de gestión en el marco de los dispositivos de producción de conocimiento y gestión de la individualidad psicológica propios de la modernidad tardía y con presencia a nivel global.

No ofrecemos en modo alguno una revisión exhaustiva ni representativa de un campo discursivo de por sí vasto y complejo, sumamente heterogéneo y lleno de matices, sino apenas el vislumbre de algunos puntos nodales que permitan plantear unos ejes de indagación, una forma de interrogación de la relación entre saberes *psi* y masculinidades, que tendría que ser estudiada de manera más sistemática y detallada posteriormente.

Nos centramos particularmente en dos campos-temas: a) el desarrollo de la ciencia psicológica dominante de corte más positivista, que ejercerá una influencia fundamental en la forma en que se formará la institución psicológica y el sujeto generizado en las sociedades globales y especialmente en Latinoamérica); y b) la expansión y popularización de los saberes *psi* en la denominada cultura terapéutica y, particularmente, en los modos culturales de la autoayuda presentes en las sociedades contemporáneas. Buscamos, a través de la exploración de estas coordenadas, poner sobre la mesa de discusión algunas de las implicaciones políticas y sociales de la intersección actual entre procesos de psicologización y masculinidades.

2. Psicologización de la hombría

La psicologización es uno de los mecanismos fundamentales de producción de la individualidad moderna. Los procesos de individualización acaecidos en las sociedades liberales occidentales son en buena medida posibilitados por la arquitectura de una interioridad poblada por atributos psicológicos y su accesibilidad a los mecanismos cognoscentes de la experticia científica. Se trata de una ‘individualidad psicológica’ como proyecto heterogéneo de producción y gestión de las diferencias y las vidas interiores en el marco de la expansión de las sociedades capitalistas modernas (Rose, 1990; Parker, 2010). En consistencia con la función biopolítica, la psicología buscará ofrecer objetividad y rigor científico en el proyecto de medición y clasificación de las cualidades emocionales, temperamentales e intelectuales de poblaciones e individuos, pero también resultados prácticos y útiles para las instituciones en expansión de carácter burocrático y productivista.

La psicologización puede entenderse como el proceso por el cual los fenómenos y acontecimientos de la vida individual y colectiva de las sociedades modernas, así como la concepción de los sujetos que las habitan, se codifican en términos de experiencias psicológicas y son abordados a través de lenguajes y prácticas provenientes de las instituciones *psi*. Los vocabularios del *psy-complex* –cuya emergencia está vinculada con los complejos industrial y militar– colonizan una diversidad de esferas vitales y una multiplicidad de experiencias humanas (Rose, 1990). Una de las operaciones principales de la psicologización en el contexto de las prácticas de gobierno es la codificación de problemas estructurales (de dominación social, política y económica), como asuntos del campo de las cualidades personales interiores; así, la posibilidad del cambio queda cifrada en el terreno de la intervención psicológica. La psicologización instaaura un mecanismo a través del cual el sujeto moderno puede ser observado y analizado –por el ojo experto y por sí mismo– como poseedor de atributos psicológicos (personalidad, identidad, dinámica emocional) que pueden ser manipulados e intervenidos.

El sujeto psicológico es ya desde su origen un sujeto generizado; el lenguaje psicológico tiene implícita una gramática de género. Se erige sobre el marco del binarismo sexo-genérico occidental que entiende lo masculino y femenino como esencias naturales (irreductibles, opuestas y exhaustivas) y dispuestas en una

relación jerárquica (Fausto-Sterling, 200; Laqueur, 1992). La taxonomía binaria opera como mecanismo simultáneamente epistemológico y político, cifra la diferencia sexual como fundamento y soporte para la concepción de los sujetos generizados, para sus posibilidades identitarias y sus vicisitudes subjetivas. El discurso psicológico se torna uno de los mecanismos principales para definir y caracterizar masculinidad y feminidad; los géneros son concebidos como estructuras psicológicas claramente diferenciadas y contrapuestas. En palabras de Segato (2018:26), “masculino y femenino han funcionado como categorías para movilizar las representaciones dominantes sobre la organización de la sexualidad, de los afectos, de los roles sociales y las estructuras de personalidad”. Siguiendo a Connell (2015), la masculinidad –tal cual se entiende y se estudia actualmente- es un producto histórico bastante reciente, basado en la noción de individualidad propia de la modernidad capitalista y, por tanto –podemos añadir- asentado en la producción del sujeto psicológico.

2.1 La psicología es varón

En una de sus representaciones pictóricas más famosas, realizada por Bouguereau, Psiqué aparece arrobada o adormilada, un tanto lánguida, rendida en los brazos de Eros, quien la lleva hacia arriba en un elevamiento o un raptó, sobre el fondo de un cielo claro con nubes algodonadas. El mito ya contiene y desarrolla la trama de un romance donde el deseo de Eros irrumpe impositivamente sobre el cuerpo de Psiqué: la rapta, la despierta con un beso, la arrastra semiconsciente a las alturas. La moraleja que se ha establecido como lugar común de este relato refiere a la entrega o la rendición del alma humana ante el amor; con su posesión, el amor salva y eleva el espíritu y la mente humanas; esta estructura mitológica ya prefigura el destino sentimental del amor romántico moderno.

Pero el vínculo que no se ha relatado, es decir, que no se ha narrativizado en su cualidad mítica, es el que une a Psiqué con *logos*. Una trama que queda excluida de la posibilidad de narrativización justamente por el paso del mito al logos, momento donde los manuales que reproducen la historia canónica sitúan el origen de la filosofía y la ciencia, donde se abandona el pensamiento mítico –archivado como arbitrario y mágico- para ceder lugar al orden de la razón. Curiosamente, este pasaje está estructurado igualmente a través de la función mítica, donde un principio trascendental (i.e. la Razón) despeja el caos fantasmal reinante e instaura

un orden nuevo propicio para el conocimiento verdadero de la naturaleza. Se trata de un pasaje que no sólo funda una teoría de la realidad a partir de las leyes universales de la naturaleza, sino que además establece una teoría del conocimiento, una particular epistemología que va a establecer un vínculo trascendental entre la mecánica del universo y la del alma humana.

El cruce entre Psiqué y logos engendra un varón. Es decir, esta operación del logos sobre el alma humana resulta en un discurso androcéntrico que, además, oculta sus propias marcas de género con la argucia de la objetividad y la universalidad. Encontramos aquí una vía fundamental de la integración del alma humana a los circuitos de su producción, control y gestión a través de aparatos de conocimiento; un alma que será elaborada y regulada a través de discursos y técnicas científicas; una pieza clave en el despliegue de una anatomía política (Foucault, 1997). En este marco ya no hay mitos y relatos, sino historia; la Historia canónica de la psicología, de la que García Dauder (2005: 157-158) dice:

“Nadie se extraña de la aburrida homogeneidad de su sujeto, de su historia: grandes fechas, grandes teorías, pero sobre todo, grandes nombres de grandes hombres, hombres blancos, teorías masculinas blancas, transparentes y neutras. La retórica de la objetividad descontextualiza, pero también desexualiza, degenera al científico, ansioso –aburrida herencia cartesiana- del peligro epistemológico de su cuerpo, de sus sentidos, del deseo, del sexo”.

Hasta este punto, el sujeto masculino permanece aún velado; es la fuente que produce y dirige la mirada pero que no puede mirarse a sí mismo. Se trata de una mirada que se proyecta enfáticamente sobre los sujetos no masculinos, sobre los sujetos femeninos o feminizados, cuyas vidas y subjetividades empiezan a ser definidas y gestionadas en términos de atributos y dinámicas psicológicas y, particularmente, psicopatológicas. En efecto, la psicología tiene una larga trayectoria de generación de conocimiento basado en la producción de la ‘patología femenina’. Este gesto ha sido central para edificar, de manera implícita o explícita, una psicología que no sólo instauro como criterio de normalidad y ajuste a las vidas (morales, culturales, psicosociales) de los hombres, sino que, además, ha sido utilizado para justificar mecanismos históricos de subalternización y exclusión.

Ussher (2006; 2011), por ejemplo, analiza la forma en que la ciencia, la medicina y los saberes psi propios de la modernidad van a producir al cuerpo y la subjetividad de las mujeres como objetos ‘monstruosos’, ubicados continuamente en el lugar de la locura, la sinrazón, la inestabilidad y la fragilidad psíquica. El ‘cuerpo fecundo’ y sus marcas (menstruación, embarazo, menopausia) son elaborados con patologías inherentes y, por tanto, como objetos naturales de las prácticas psico-médicas. La autora observa una suerte de cronología de desórdenes psicofisiológicos; una larga línea que evoluciona en sus léxicos técnicos (religiosos, médicos, jurídicos, culturales) pero que persiste en su elaboración de lo femenino como una ‘patología encarnada’; de la brujería a la histeria, pasando por la depresión asociada al parto, el síndrome premenstrual y la ‘disfunción sexual femenina’. Lo femenino queda aquí definido como peligroso y monstruoso y, por tanto, en necesidad de domesticación y control técnico.

La psicología del desarrollo, por otra parte, va a dibujar la trayectoria vital de los individuos alineada con criterios normativos de impronta patriarcal (Burman, 1991). En la literatura clásica de este campo, temas como el matrimonio, la vida familiar, la crianza de los hijos, la producción en el trabajo y la conformidad a los roles (masculino) de proveeduría y (femenino) de cuidados, se tornan temas recurrentes y se postulan como criterios implícitos de ajuste social y realización personal. Además, la consecución, despliegue y estabilidad de la identidad de género a través del ciclo vital se plantea como una condición necesaria para el adecuado desarrollo y el logro de las tareas vitales. Las metas y expectativas de desarrollo psicológico al largo del ‘ciclo vital’ van a proyectarse como procesos de actualización de identidades y roles prefigurados genéricamente.

Los discursos psi también van a ser fundamentales en la producción de las disidencias sexo-genéricas en términos de desviación y anomalía. Durante décadas se va a desarrollar un perseverante programa para intentar explicar –a través de determinantes psico-biológicos y determinaciones causales- el origen de la homosexualidad y de la diversidad de expresiones sexo-genéricas (Johnson, 2015). Aquello que parece requerir explicación va a ser concebido en términos de ‘comportamiento sexual anormal’ y va a inaugurar una larga historia de patologización vigente hasta hoy.

La pregunta sobre la psicogénesis y la neurogénesis de la orientación homosexual, cuyo interés se instaura con fuerza en la investigación psicológica en los años 50 del siglo pasado, sigue jugando un papel en los debates actuales, muchas veces movilizadora en las estrategias retóricas de las políticas de identidad. Como argumenta Rosario (2002), se moviliza con el doble filo de la búsqueda de su naturalización como vía para la inclusión, y de los persistentes procesos de patologización y exotización de la diferencia. Sin embargo, como advierte Sedgwick (1993), la búsqueda de una política sexual afirmativa y emancipadora en la psicología no podría fundarse en una particular explicación sobre el origen de la identidad o la orientación sexual de las personas, puesto que el marco que permite la propia articulación de la pregunta sobre el origen –y las posibles respuestas que prefigura– ya contiene dentro de sí, de manera implícita, la fantasía de erradicación de dichas identidades.

Este proyecto de explicación y clasificación es un gesto clave en la producción de una otredad anómala, en el establecimiento de un exterior constitutivo, en contraste con el cual puede emerger, distinguirse y sostenerse el sujeto adjudicado con la representación de la normalidad, el barómetro contra el que habrá de valorarse toda forma de ajuste y salud psicológica: el varón blanco heterosexual.

Así, la psicologización tendrá una función clave en el desarrollo de una ciencia ilustrada a partir de la razón masculina; el discurso del poder y el dominio de la mente –masculina– sobre la naturaleza –femenina– que ha de ser conquistada y controlada en aras del beneficio y el progreso de la humanidad (Fox Keller, 1991). Se trata de una ecuilibración entre conocimiento científico, modernidad y progreso que tiene como infraestructura narrativa el predominio de la ciencia y el control (masculino) sobre el caos y el peligro (femenino). Psiqué es convertida en el objeto de *logos*. En esta trama, las mujeres y disidencias sexuales han sido sistemáticamente anuladas de las narraciones históricas de la disciplina; aparecen como objetos de conocimiento, pero no como sujetos históricos (García Dauder, 2005).

Paradójicamente, el sujeto masculino será para la psicología a la vez un punto ciego y el telón de fondo sobre el que se van a erigir los parámetros de desarrollo y salud mental; su despliegue teórico y su caracterización de la vida psicológica parecen no encontrar otra cosa más que al varón blanco heterosexual como sujeto tácito. Aún las aproximaciones que buscan cuestionar críticamente los avatares subjetivos y

psíquicos del sujeto moderno pueden entenderse como caracterizaciones de formas de masculinidad dominantes en contextos geopolíticos específicos.

Los análisis psicosociales sobre formaciones subjetivas en determinados ordenes sociales pueden muy bien ser observaciones sobre configuraciones masculinas. Por ejemplo, el análisis que realiza la escuela de Frankfurt y particularmente Adorno (1950) sobre la personalidad autoritaria; ésta describe el funcionamiento de una formación psico-social que emerge en estructuras familiares rígidas donde prevalece la autoridad paterna, con un alto grado de represión sexual y una moral conversadora. Se trata de rasgos (fundamentalmente masculinos) de obediencia, rigidez y frialdad emocional que son necesarios para el acontecimiento fascista. Podemos leer así la personalidad autoritaria como una subjetividad masculina que adquiere dominancia en un particular contexto histórico, político y económico: una específica expresión patriarcal (misógina y homofóbica), que asume una fuerte estructura jerárquica (de obediencia dócil a los superiores y despotismo a los inferiores); mecanismos que se originan y se mantienen principalmente en el mundo y la experiencia de los hombres.

2.2 Medición de la hombría

El sujeto masculino no se constituye como objeto de conocimiento psicológico explícito sino hasta más recientemente. En buena medida, es a través de la interpelación feminista y de los estudios de género que el sujeto masculino recibe una mirada de retorno o contra-proyección que le constituye como sujeto de género y posibilita que se desarrollen los estudios sobre la masculinidad que conocemos actualmente. A decir de García Dauder (2005), así como la psicología contribuyó a crear lo femenino, también funciona –por reacción colateral- como acicate para el surgimiento del feminismo. Aquí podemos añadir además que - inicialmente por omisión y eventualmente como consecuencia de rebote-, la psicología también va a contribuir en la construcción de lo masculino y, por tanto, de los estudios de la masculinidad.

La masculinidad y la hombría empezarán a ser consideradas una cualidad interior, una condición del alma; una estructura psicológica y un conjunto de rasgos que se expresan en patrones de comportamiento bien definidos. El abordaje psicológico dominante sobre la masculinidad será el que Connell (2015) identifica como

positivista: un proyecto que busca descubrir la verdad de 'lo que los hombres son en realidad'. La psicología positivista dominante se aproxima al estudio de los varones buscando la evaluación y descripción objetiva de sus atributos psicológicos. Al hacerlo, atribuye cualidades psicológicas consideradas propias y definitorias de la masculinidad y la feminidad; establece las diferencias sexo-genéricas en términos de rasgos *psi* y da pie al desarrollo de psicologías masculinas y femeninas. En el momento en que masculinidad y feminidad se definen como estructuras de personalidad y atributos psicológicos, comienza a diluirse la dimensión histórica y política que constituye y regula dichas expresiones e identidades.

Lo masculino será leído como un atributo psicológico estable y bien delimitado, como una sustancia objetiva que puede ser evaluada y, sobre todo, medida, de la misma forma en que se mide el resto de los atributos psicológicos (e.g. inteligencia, personalidad, actitudes) estudiados en el proyecto disciplinario de la psicometría que tiene su auge entre finales del siglo XIX y principios del XX. La psicología se instauro como ciencia y disciplina prototípica en las sociedades industrializadas a través del recurso de la cuantificación y sometiendo a mecanismos de medición las potencias vitales y los procesos psíquicos. Un ejemplo paradigmático lo encontramos en la temprana confección de los *test* de inteligencia.

El desarrollo de la psicometría coincide, sobre todo en sociedades primermundistas, con una progresiva incorporación de las mujeres a la universidad, con la reivindicación del voto femenino y con una lucha abierta de ciertos sectores de mujeres para integrarse a la vida pública y política. En este contexto, el uso de escalas para medir la masculinidad y la feminidad con frecuencia se orientó a distinguir las diferencias en capacidades, inteligencia o temperamento, para justificar la exclusión de las mujeres de estos espacios o su circunscripción a ciertas posiciones secundarias. Las 'diferencias cognitivas' detectadas se utilizan para restringir el acceso de las mujeres a espacios educativos y para establecer políticas de división sexual del trabajo. La medición psicológica también se utilizó en el reforzamiento del orden sexo-genérico conservador a partir de la proposición de la 'complementariedad temperamental de los sexos' (García-Dauder, 2005).

El test psicométrico funciona entonces como una tecnología de inscripción de diferencias sexo-genéricas para la gestión y jerarquización de cuerpos y

subjetividades: se trata de un mecanismo que instrumentaliza y operacionaliza las jerarquías masculino-femenino, por ejemplo, a través de la traducción estadística de la ‘debilidad’ de las mujeres y de la amenaza de la homosexualidad. Estas tecnologías psi generan efectos performativos en tanto fijan diferencias sexuales en clave psicológica y en términos de medición (+ -), y exponen a los sujetos a esta particular racionalidad subjetivante.

La masculinidad puede entenderse, en este contexto, como una unidad de medida. Esto es, un sistema para determinar una ‘cantidad estandarizada de una determinada magnitud física, definida y adoptada por convención o por ley’. Como descendiente de la razón occidental ilustrada y, posteriormente, de la ciencia positivista, apela a la cantidad como marco de referencia y como sistema de valoración: qué tan hombre eres es una pregunta fundamental. Como toda unidad de medida, funciona para denotar cantidades escalares: ‘muy hombre’, ‘poco hombre’, etcétera.

López-Sáez y García-Dauder (2020) analizan el Test de Análisis de Actitudes e Intereses elaborado por Terman y Miles en 1936, el primer test psicológico de medición de la masculinidad y la feminidad (a través de mecanismos estadísticos similares a los que se usaban en ese momento para la medición de la inteligencia). En este instrumento, masculinidad y feminidad (M/F) son tomados como polos opuestos y excluyentes de una única dimensión. Como muestran los autorxs, este instrumento funciona como un mecanismo de evaluación de conformidad a los roles tradicionales de género: puntuaban alto en masculinidad los sujetos que reportaban considerarse ‘racionales, dominantes, poderosos, poco emocionales’, mientras que la feminidad se medía con ‘sumisión, domesticidad e ignorancia’. Asimismo, una puntuación alta en masculinidad se conseguía mostrando consonancia con actitudes machistas (e.g. considerar a las mujeres menos inteligentes) y, en sentido inverso, creencias vinculadas con la igualdad puntuaban como altamente femeninas.

Las desviaciones de las medias y los extremos en la distribución normal serán consideradas como anormalidades psicológicas. En estos instrumentos se combinarán la concepción de la desviación estadística (normal) con desviación del orden natural (normativa). Los resultados que se alejan de los puntajes esperados serán leídos como indicios de ‘posteriores desviaciones’ o catalogados como casos

de ‘inversión en el temperamento sexual’. El test cobrará su valor utilitario en la medida en que se propone identificar tempranamente posibles ‘desajustes sociales y problemas matrimoniales’; es un instrumento activador que pone en marcha mecanismos de control y tratamientos de normalización, cuyo objetivo es corregir futuras o presentes ‘desviaciones preocupantes’ o ‘defectos de personalidad’.

Como sugieren López-Sáez y García-Dauder (2020), el contenido de estos ítems hoy podría pasar como estereotipado a nivel de absurdo, pero es posible rastrear reformulaciones discursivas que le hacen prevalecer, en cierta medida, hasta nuestros días. Las proposiciones ahí contenidas han dejado huellas y residuos a través de diferentes revisiones y versiones en distintos instrumentos, incluyendo el MMPI, uno de los *tests* de personalidad más utilizados a nivel mundial. Lxs autorxs muestran que, aunque posteriores instrumentos van modificando estos supuestos y, en algunos casos, se orientan a modelos de salud mental donde se integra la ‘superación de estereotipos en los roles de género’, éstos siguen manteniendo ciertos valores asociados a la masculinidad y la feminidad como expresión de una naturaleza psicológica individual. Por ejemplo, la dualidad instrumental-expresivo, donde lo masculino se calcula en términos de la consecución de la agencia individual orientada al éxito y la feminidad por la orientación al otro-común.

Vemos aquí una temprana imbricación entre la conformidad sexogenérica y los parámetros de salud mental. Estos instrumentos de medición asimilan y mezclan roles, adscripciones identitarias, expresiones estereotipadas, actitudes, tendencias de respuesta emocional y prácticas sociales en madejas que terminan por construir bloques inextricables sedimentados como indicadores de rasgos de personalidad medibles. Si los cánones de salud mental son fijados por parámetros androcéntricos, no es extraño que la afinidad con rasgos y expresiones consideradas femeninas sean entendidas como menos saludables.

Si bien los instrumentos e ítems se van ajustando y modificando, ‘masculinidad’ y ‘feminidad’ permanecen como cualidades psicológicas naturalizadas, con consistencia propia, independientes de estructuras históricas y políticas. Pero esta racionalidad de medición, como rasgo de una psicología masculina, también cristaliza un cierto substrato de género en el plano epistemológico y metodológico: el rechazo a la introspección subjetiva, a favor de las mediciones impersonales y la cuantificación, puede ser interpretada como una forma de asertividad masculina

en el campo de la producción de conocimiento (Furumoto, 1998; Minton, 2000; García Dauder, 2005). Se trata del punto de vista -ilustrado y androcéntrico- del distanciamiento emocional, la impersonalidad, la pretensión de neutralidad y búsqueda de leyes universales. Para subirse al barco de las ciencias modernas, la psicología ha de cumplir las expectativas positivistas de objetividad y cálculo, pero también las expectativas sociales de utilidad práctica para la conducción y el control de poblaciones.

La masculinidad, como hemos sugerido, opera aquí como una unidad de medida y, por tanto, es definida por una ley que es la condición de posibilidad del cualquier acto de medición. La masculinidad se mide con respecto a sí misma, su ley es la que otorga la propia convención masculina; se mide con respecto a su ideal normativo y a la ficción política que la constituye. Con frecuencia, los actuales mecanismos de medición de la masculinidad tienden a la referencialidad circular: lo masculino es el grado de conformidad de los hombres (u otros sujetos) a las normas de género establecidas para los hombres. La forma en que la masculinidad se ‘operacionaliza’ cambia con el tiempo y el contexto, en relación con los criterios normativos y los discursos dominantes; lo que permanece constante es la cosificación de la masculinidad como una cualidad psicológica intrínseca y como una sustancia cuantificable.

A través de sus múltiplos, este mecanismo de medición crea distinciones y jerarquías y contribuye, junto con otras tecnologías y discursos psi, a la proliferación de tipologías y perfiles. Una particular comprensión de ‘masculinidades’, entendidas como tipos ideales y categorías clasificatorias que permiten agrupar configuraciones psicológicas y comportamentales de los sujetos individuales. La perspectiva de las tipologías tiene detrás una lógica mecanicista de clasificación de perfiles de varones en función de sus rasgos de personalidad y su propensión comportamental.

Con frecuencia, los abordajes psicológicos clínicos se ven sorprendidos por las inconsistencias o contradicciones entre los perfiles y los comportamientos, y consagran proyectos de investigación a la dilucidación de dichas inconsistencias. Como ha argumentado Connell (2015), este es un falso problema en tanto que la aproximación tipológica no toma en cuenta la implicación práctica, contextual y dinámica de los sujetos en la multiplicidad de estructuras y esquemas normativos

que operan en la vida cotidiana. Más que tipos claros y definidos, las masculinidades se despliegan, según la autora, como un conjunto de configuraciones prácticas que presentan variabilidad discursiva y simbólica, que apelan de manera situacional a diferentes repertorios sociales sobre lo masculino y que constituyen subjetividades y formas de vida complejas. Este gesto de taxonomización de las diferencias, tan recurrente y cardinal en la concepción dominante de la psicología como ciencia y disciplina, puede ser leído como una herencia de la razón colonial-ilustrada. Como argumenta Hallberstam (2018), la clasificación y taxonomización de formas de vida ha sido históricamente una operación colonial y un instrumento de objetivación, fijación y control de los imperios y sus saberes expertos.

La elaboración de perfiles psicológicos masculinos, como instrumentos de evaluación y control, va a dirigirse inicialmente a varones considerados problemáticos desde el punto de vista de las instituciones de gobierno. Masculinidades catalogadas como peligrosas, amenazantes y desajustadas serán objeto de estudios minuciosos que buscarán caracterizar, vigilar y eventualmente intervenir en ellas. El *test* y otras tecnologías psicológicas de elaboración de tipologías y perfiles se aplican en el ejército o los cuerpos policiales, y buscan responder a problemas como la delincuencia. Eventualmente, su aplicación se extenderá al campo industrial, laboral y educativo: clasificación y selección de hombres; corrección de las desviaciones amenazantes para su ajuste social. Estas tecnologías tendrán como blanco central a varones racializados y precarizados, migrantes, disidentes sexuales y obreros.

Esto abre una vía importante a partir de la cual las instituciones buscarán intervenir al sujeto masculino a través de tecnologías psicológicas enmarcadas en estrategias de gubernamentalidad. En la actualidad, es posible observar una escena en expansión de instituciones y programas orientados particularmente a la gestión de individuos y poblaciones a través del constructo de la masculinidad. Se trata de formas de intervención sobre la individualidad psicológica que tienen como objeto principal el ser-hombre, las formas en que es posible adoptar una posición masculina, reconocerse en ella y ejercerla adecuadamente en una sociedad determinada. Una contabilidad de la hombría que entiende a ésta como mecanismo psíquico a ser diseñado, producido o corregido; la masculinidad como (re-)ingeniería del alma para el hombre.

3. Masculinidad y cultura terapéutica

Durante las últimas décadas se ha gestado un giro en la crítica a la disciplina psicológica y las formas en que ésta se propaga por discursos y mecanismos dispersos en la cultura cotidiana. Este giro puede entenderse como un desplazamiento del *psy-complex* propuesto por Rose (1990) –caracterizado por estructuras más centralizadas e institucionalizadas, articuladas a través de saberes expertos y protocolos profesionales evaluativos y correctivos–, hacia mecanismos más descentralizados, dispersos a través de una miríada de prácticas y productos culturales que, hoy por hoy, operan en buena medida a través de la cultura popular y los medios masivos de comunicación.

La noción de *cultura terapéutica* es útil para caracterizar este escenario. Papalini (2013: 171) la define como la “extensión y vulgarización de saberes, técnicas y recursos de apoyo subjetivo que están inmediatamente disponibles a la sociedad y a los que se accede sin la intervención de un dispositivo experto”. Puede entenderse además como un conjunto heterogéneo y disperso de mecanismos, discursos y prácticas que no se limitan ya al tratamiento clínico de las desviaciones para su identificación y corrección, sino que se orienta más centralmente a la estimulación sistemática del ‘bienestar integral’ y a la continua vigorización de una ‘profilaxis psicofísica’.

En la cultura terapéutica, los saberes y las prácticas psi se caracterizan por una descentramiento de la experticia disciplinaria (e.g. hospital psiquiátrico o clínica psicológica), por el desdibujamiento de la clara división entre la vida privada y la pública, y por la diseminación de ‘prácticas confesionales’ en una amplia diversidad de espacios, con la presencia central de los medios de comunicación y las tecnologías digitales (Wright, 2008). Este desplazamiento en la disciplina psicológica se mueve también del modelo experto-paciente a otro donde la persona ha de convertirse en su propia experta, responsable de intervenir sobre sí misma y de afrontar la resolución de sus problemas y los avatares de su desarrollo personal.

Se trata de un fenómeno característico y quizá definitorio de las sociedades neoliberales contemporáneas, que tienen su origen en los países occidentales del Norte global y más particularmente, como muestra Ehrenreich (2011), en Estados Unidos hacia finales del siglo XIX. El llamado pensamiento positivo prolifera

entonces en un caldo de cultivo nutrido por una ideología nacional solipsista que busca auto-arrogarse como potencia mundial; la economía de mercado y el capitalismo de consumo que funciona mediante el imperativo del crecimiento permanente; y la predicación casi doctrinaria del optimismo y la responsabilidad individual como enfoque vital para la consecución del éxito (material). Por su parte, Béjar (2014) sugiere que esta tradición entronca con el llamado “evangelio terapéutico” (Moskowitz, 2001) donde tropos como felicidad, éxito y bienestar se constituyen como metas sociales e imperativos morales que dependen casi exclusivamente de disposiciones psicológicas.

A partir de entonces se desarrolla y expande una especie de psicología pop que, en su diseminación por el campo cultural y las prácticas cotidianas, va a constituirse como una nueva sustancia ética de la modernidad tardía. La psicologización opera aquí de una manera distinta a la descrita anteriormente. Y las masculinidades - como otras identidades y expresiones sexo-genéricas- van a ser asimiladas y digeridas por la lógica de la cultura terapéutica. Podemos observar, en este escenario la manera en que los problemas planteados por los movimientos feministas y los estudios de género en torno a las masculinidades, la necesidad de su cuestionamiento en términos políticos, así como las estructuras de desigualdad y violencia que éstas encarnan y actualizan, se traducen en términos de proyectos personales de mejoramiento y crecimiento individual, en buena medida a través de dispositivos psicologizantes.

3.1 Autoayuda para la dominación y *coaching* machista

La autoayuda es quizá uno de los fenómenos culturales más arraigados y representativos de la cultura terapéutica. El modo cultural de la autoayuda tiene una larga tradición como género literario, pero también se ha extendido a los medios masivos de comunicación, donde adquiere las formas más variadas (podcasts, videos, *talk shows* y aplicaciones móviles). Giddens (2000) ha sugerido que los libros de autoayuda funcionan como manuales prácticos que permiten generar una reflexividad en los sujetos que los consumen y les orientan a gestionar su vida de manera autónoma, actuando ‘libremente’ en el marco de las fuerzas que les afectan directa o indirectamente. Se trata de una cierta ‘política de la vida’ que estimulará la creación y re-creación de la identidad personal (y de las dinámicas

psicológicas y emocionales) de forma tal que estén en consonancia con la racionalidad instrumental característica de la modernidad tardía.

La autoayuda representa una estrategia para introducir a los sujetos en el circuito de la búsqueda del auto-mejoramiento y el auto-potenciamiento característico del orden neoliberal de las sociedades occidentales contemporáneas. Como tecnología del yo (Foucault, 1990), instaura una particular concepción del individuo y su relación con el mundo social; una en donde el buen ciudadano interviene sistemáticamente sobre sí mismo a la manera de un capital que es necesario incentivar y multiplicar. Esta forma de auto-intervención es útil para la gestión gubernamental (Rimke, 2004) y se convierte así en uno de los medios icónicos de producción de subjetividad en las sociedades contemporáneas.

Los discursos de la autoayuda están atravesados y despliegan, de manera más o menos explícita, unas políticas sexo-genéricas. Investigadoras feministas han mostrado la forma en que la literatura de autoayuda contribuye a la reproducción de sujetos generizados: circulan narrativas en donde las mujeres, para fines de conseguir el éxito y la auto-realización, o bien adoptan formas tradicionales de feminidad o bien se adecúan y asumen esquemas masculinos de comportamiento en sus relaciones y en diferentes ámbitos de su vida (e.g. Cowlshaw 2002; Hazleden 2003, 2004; Murphy 2001).

La lógica de la cultura terapéutica y las herramientas de la autoayuda en torno a la masculinidad y al mejoramiento de la hombría tampoco son nuevas; de manera implícita o explícita, estos dispositivos pedagógicos han estado presentes por varias décadas buscando apuntalar formas de masculinidad, con frecuencia aquellas consideradas tradicionales, dominantes o hegemónicas. Como muestran McLean y Vermeylen (2019), por generaciones, un número significativo de hombres han recurrido a modalidades de autoayuda sobre diversos temas, desde incrementar habilidades sociales para ganar amigos o influir en las personas, hasta adquirir hábitos de personas altamente efectivas. Como muestran Almeida y Jablonski (2011), en un escenario social de incertidumbre y perplejidad, caracterizado por demandas confusas y contradictorias, los hombres recurren a diferentes discursos culturales y mediáticos, y particularmente a la literatura de autoayuda, en búsqueda de orientación y guías comportamentales.

En los recursos de la autoayuda puede observarse cómo la pedagogía de las formas dominantes de ser-hombre toma una forma manifiesta y es inculcada activamente a través de guías comportamentales, fórmulas conductuales y estéticas para la expresión adecuada y efectiva de la hombría, la virilidad y, en general, el performance de dominación que ha de desplegar el sujeto varón en el espacio público y en las relaciones sociales. En esta estantería podemos encontrar títulos como ‘Autoayuda para hombres: desbloquea tu macho alfa interno y aumenta tu auto-confianza, masculinidad, dureza mental, asertividad y autoestima’ (Heaton, 2020) y como ‘Eres un *badass* (rudo): cómo dejar de dudar de tu grandeza y comenzar a vivir una vida increíble’ (2013). Estos títulos del ramo de la afirmación masculina se asocian con la dureza y la rudeza: la auto-confianza y la auto-estima residen en la capacidad de mostrarse ante los demás y ante uno mismo a través de la figura bien conocida del hombre hosco, dominante y resistente.

Además, supone que dichos atributos masculinos se encuentran ya depositados en la psico-biología interior de todos los hombres y que, por tanto, el reto personal consiste en exteriorizarlos, ‘desbloquearlos’ y aprender a manifestarlos. Prometen una pedagogía que permite al hombre identificar y cambiar por sí mismo ‘las creencias y los comportamientos de auto-sabotaje que te impiden conseguir lo que quieres’. La psicología propia es simultáneamente el problema y la solución para la consecución de la masculinidad dominante que todos llevamos dentro.

El tema del ‘control’ es un campo semántico importante en este sector de literatura de autoayuda: la masculinidad se entiende en buena medida en torno a la capacidad de control sobre las demás personas, sobre el entorno social, sobre la propia vida y, en última instancia, sobre uno mismo, sobre sus propios impulsos, hábitos, habilidades y emociones. Esto se muestra en títulos como ‘Despierta al gigante interior: ¡cómo tomar el control inmediato de tu destino mental, emocional, físico y financiero!’ (Robbins, 1992). Los planos psicológico y económico se equiparán como objetos interconectados que es necesario controlar y dirigir para la consecución del éxito personal.

Estas tecnologías pedagógicas de la hombría también se encuentran en los contenidos digitales y en la cultura de los *influencers*. Por mencionar un par de ejemplos: el *youtuber* conocido como Álvaro Daygame, que se describe a sí mismo como ‘*master coach, speaker, mentor y visionario*’, crea una serie de videos que se

viralizan donde ofrece lecciones para evitar el rechazo de las mujeres y para ligar exitosamente. En uno de sus videos más circulados publicado en 2020 que se titula “Cómo ser el hombre más interesante de la sala y ser el centro de atención de las mujeres”, el mentor expone ante una audiencia de jóvenes una serie de consejos para poner en práctica un cierto performance para aparentar unas cualidades de sociabilidad y popularidad para ‘impresionar’ a las mujeres. Por su parte, el *youtuber* Mario Luna, en el marco de un programa de desarrollo personal que describe como “el arte marcial de la felicidad” y que busca entrenar para ‘la excelencia física, social y psicológica’, publica un video en enumerando ‘los 6 rasgos del chico malo que atraen a las mujeres’, un conjunto de instrucciones para actuar una estética evasiva, egoísta y peligrosa en el trato con las mujeres buscando producir el presunto efecto seductor que denomina “efecto malote”.

En este tipo de contenidos se observa un repertorio discursivo donde se entretajan la felicidad, el éxito, el sexo, la psicología y la misoginia. La persistencia de la cosificación sexista de las mujeres y de la masculinidad como virilidad depredadora es patente. Estos discursos de manipulación y coerción machista sin tapujos podrían parecer anacrónicos a la luz de la problematización social y política de las violencias masculinas cotidianas que los movimientos feministas han logrado visibilizar y poner en la palestra pública de manera contundente durante la última década y, sin embargo, su producción y proliferación siguen vigentes.

Esta especie de *coaching* machista se desarrolla a través de mecanismos de autoayuda que permiten desarrollar atributos psicológicos y actitudinales necesarios para sostener y defender la hombría. Los mecanismos psicológicos se consideran funcionales para obtener cualidades consideradas como capital masculino: mostrarse seguro y dominante, ser popular, ser líder y proyectar fortaleza. Dichas metas se formulan como un deber para consigo mismo, un compromiso con el éxito personal y con la actualización de las potencialidades masculinas que residen en el interior. La idea de masculinidad como ‘mandato’ adquiere aquí una dimensión explícita.

La cultura de la autoayuda también ha dedicado esfuerzos importantes a intentar lidiar con las tensiones, las contradicciones y las frustraciones que acarrear las exigencias de la vida moderna y, más particularmente, la vida de los hombres. Un elemento central de las narrativas de autoayuda es que articulan y plantean campos

problemáticos de las experiencias personales y dilemas sociales ampliamente compartidos, para después ofrecer soluciones prácticas, frecuentemente a manera de fórmulas y recetas (Illouz, 2014). McLean y Vermeulen (2019), en su análisis de lectores de autoayuda en el contexto canadiense, perfilan dos estructuras narrativas predominantes en las trayectorias de trabajo personal que ahí se proponen, y las nombran como; a) *getting ahead*, tomar la ventaja, adelantarse, progresar; y b) *getting back on one's feet*, ponerse de nuevo en pie, levantarse tras la caída, recuperar la fuerza y el camino. Estas estructuras narrativas muestran los naufragios constantes a los que se ve expuesta la masculinidad contemporánea y la necesidad sentida de contar con orientaciones y guías prácticas y socialmente aceptadas para despejar, al menos parcialmente, las angustias derivadas del ser-hombre.

La imposibilidad de encarnar los ideales normativos de la masculinidad hegemónica (y la frustración derivada de ello), pero también la crisis de los modelos consabidos y la ausencia de un modelo único como referente de una 'masculinidad efectiva', impulsa la emergencia de formas de autoayuda que ofrecen estrategias para adecuarse, adaptarse, negociar y sobrellevar los problemas prácticos que plantean las propias normativas masculinas.

Un ejemplo lo encontramos en el ya célebre *Los hombres son de marte y las mujeres de venus* (Gray y Tiscornia, 2000), un clásico de la literatura de autoayuda y uno de los textos más influyentes sobre relaciones románticas e interpersonales, pero, además, también una referencia importante en el mundo de los negocios y de la cultura ejecutiva, como una guía 'excepcional para las habilidades de comunicación y negociación'. En el universo planteado por Gray, mujeres y hombres provienen de planetas distantes, extraños los unos de las otras; lejanos desde su origen e irremediamente opuestos, su alienación recíproca es insalvable. Piensan, sienten y se comunican de maneras radicalmente distintas. Por tanto, es necesario aprender unas ciertas habilidades de comunicación y negociación que permitan salvar una relación que de otra forma sería imposible: las mujeres requieren escucha mientras los hombres buscan solucionar problemas; ellos buscan la utilidad mientras que ellas la inspiración; ellos más literales mientras que ellas más figuradas. Un reforzamiento del binarismo sexogenérico y del discurso cultural de 'los sexos como opuestos y complementarios', a través de la naturalización de unos estilos de pensamiento y comunicación, de esquemas de

MARTÍNEZ-GUZMÁN, Antar.

«Masculinidades de autoayuda: Psicologización de la hombría y cultura terapéutica».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 207-240

respuesta emocional y comportamental a los acontecimientos de la relación heteronormada. Como argumenta Cowlshaw (2001), se plantea un universo donde ‘los sujetos son de marte y los objetos de venus’.

Los recursos de la autoayuda no son solo componentes prominentes de la cultura popular, sino que además funcionan como tecnologías que reflejan, construyen y movilizan ideales de masculinidad y gestionan las tensiones que surgen en torno al ejercicio de las mismas. Se trata de mecanismos que apelan al sujeto como individuo autónomo y a su capacidad para intervenir voluntariamente sus propios pensamientos, emociones y patrones comportamentales en aras de conquistar los atributos masculinos necesarios para la realización personal. Los dispositivos de autoayuda pueden entenderse como estrategias de gubernamentalidad distribuidas en las sociedades neoliberales. Permiten observar la yuxtaposición entre los imaginarios de éxito, felicidad, psicología y género; al mismo tiempo, contribuyen a instaurar directrices y orientaciones prácticas para concebir y vivir la hombría en nuestras sociedades.

3.2 Escuela de deconstrucción

La demandas e interpelaciones que generan los movimientos feministas y los estudios género conmocionan las concepciones hegemónicas de masculinidad y ponen en crisis su despliegue práctico en el campo social. Estas luchas políticas han situado a la masculinidad como un núcleo de poder que debe ser cuestionado y, en última instancia, desmantelado. Han dado lugar y espoleado lo que hooks (2004) llama la ‘voluntad de cambio’ de los hombres. En este contexto, la preocupación (social y política) sobre la masculinidad y la necesidad de su transformación es incorporada a las dinámicas institucionales y de mercado a través de diversas modalidades discursivas y de gestión técnica. El tropo de la masculinidad circula por una diversidad de ámbitos sociales y culturales; del activismo a los programas gubernamentales, de las campañas publicitarias y la industria del entretenimiento a las estrategias de salud pública y las líneas de investigación académica. Y esta circulación le traduce a –y le vuelve objeto de– una heterogeneidad de concepciones y estrategias políticas.

El marcado interés público por las masculinidades puede advertirse en la proliferación de términos con que se hace referencia a los proyectos para reformar

o transformar las masculinidades; el popular concepto de ‘nuevas masculinidades’, pero también otros como masculinidades ‘diversas’, ‘emergentes’ o ‘tránsfugas’, hombres ‘solidarios’, ‘igualitarios’, ‘varones anti-patriarcales’ y ‘masculinidades positivas’, cada cual con su particular posición y comprensión en torno al género y al problema de las masculinidades.

La preocupación por reformar la masculinidad y sus efectos de poder por parte de los varones a través de procesos reflexivos personales y modificación de la propia psicología tampoco es nueva. Connell (2015: 52-53) da cuenta de que ya a mediados de los años setenta había pequeños (y polémicos) grupos que se proponían trabajar por la concientización y liberación en varios países del mundo. Algunos autores en este escenario (e.g. Farrell, Nichols, 1975) argumentaron que el rol sexual masculino era opresivo incluso para los hombres mismos y que debía transformarse, planteando una ‘liberación masculina’.

Se escribieron libros que tienen a la transformación de los hombres como tema central; títulos como “El hombre inexpresivo: una tragedia de la sociedad estadounidense” (Balswick, 1988) y “Peligro: el rol sexual masculino puede resultar dañino para la salud” (Harrison, 1978). A partir de entonces irán desarrollándose discursos que buscarán poner en circulación estrategias, programas de reformación de la masculinidad y modelos para la construcción del ‘hombre nuevo’. La masculinidad hegemónica o tradicional es entendida aquí como un obstáculo y como un ‘factor de riesgo’ para el bienestar, la salud emocional y física, el desarrollo pleno de los varones y su felicidad.

La cultura terapéutica contemporánea ha incorporado también las actuales preocupaciones en torno a la masculinidad como problema de género y su relación con distintas formas de violencia. Ello ocurre en un escenario de fragmentación y complejización de las identidades sexo-genéricas: una multiplicidad de discursos y concepciones de lo masculino; una proliferación de modelos de masculinidad y una multiplicidad de demandas, con frecuencia en tensión y contradicción, de los roles y las expectativas sociales sobre los hombres. La cultura terapéutica y los mecanismos de la autoayuda, nuevamente, instituyen un orden simbólico y práctico donde se gestionan estas tensiones.

Como argumenta Connell (1998), en la actualidad observamos masculinidades cada vez más acopladas a las necesidades del capital transnacional y a los mercados

glocales. En consonancia con los análisis críticos de los mecanismos de autoayuda, los discursos de masculinidad en este contexto también contribuyen a constituir un sujeto definido por el individualismo y la autosuficiencia (Rimke 2000). Aquí, la intervención sobre las masculinidades se presenta en la forma de una pedagogía de la superación personal, una instrucción para maximizar las habilidades psicológicas y sociales. Se apela a un sujeto reflexivo, llamado a realizar un trabajo moral y estético sobre sí mismo, entendiendo a sus cualidades psicológicas como la clave del cambio. Un sujeto proactivo: abierto al aprendizaje continuo, 'tolerante' a la diversidad sexual y flexible, donde la flexibilidad es un activo útil para aumentar la competitividad, adecuarse a diferentes entornos y responder eficazmente a diferentes demandas de las instituciones y el mercado. Pone en marcha una intervención sobre sí mismo que opera con la lógica de la racionalidad económica. Esta racionalidad se ha expandido a la forma en que se aborda el tema de las masculinidades en los más diversos ámbitos: institucionales, comerciales, culturales.

El México, por ejemplo, el propio gobierno federal hace un llamado para la promoción de las 'masculinidades positivas', seguido de un listado de tareas de 'aceptación', 'reconocimiento', 'revisión' y 'participación activa' en la modificación de los propios comportamientos y conductas. Asimismo, las políticas públicas utilizan frecuentemente la noción de 'nuevas masculinidades' para desarrollar programas de prevención y erradicación de la violencia que son llevados a barrios considerados marginales y a contextos rurales.

En otro ámbito, el Instituto para el Desarrollo de Masculinidades Anti-Hegemónicas (IDMAH) es una organización privada que brinda asesoría y 'consultoría estratégica' a empresas, organizaciones y organismos internacionales (entre sus clientes se encuentran Pepsico, AT&T, Banco Santander, Bimbo e Intel). Utiliza herramientas como el *e-learning*, creación de contenidos digitales y *workshops* online. En sus redes sociales pueden encontrarse *tests* rápidos donde es posible auto-evaluar el nivel de creencias machistas o estereotipos de género. Emite continuamente *tips* e instrucciones prácticas para 'construir una masculinidad positiva'. Así como se desarrollaron *test* psicológicos para medir la masculinidad, en este contexto discursivo es posible encontrar intentos de medir la capacidad para cuestionarla y de construir 'masculinidades alternativas'. Así, las tecnologías psi de evaluación y medición de género muestran persistencia y continuidad.

En una de sus publicaciones en instagram, IDMAH advierte que ‘la deconstrucción es un proceso infinito’. Se refiere a la propia identidad masculina y puede advertirse, en este y otros discursos mediáticos y culturales, determinados usos pragmáticos de la noción de ‘deconstrucción’ concomitantes con estas tecnologías psi. Este concepto de origen derridiano se plantea como una herramienta filosófica que, en lo general remite a generar lecturas no dogmáticas, críticas o subversivas de texto literarios y culturales. Remite a una descomposición y fragmentación hermenéutica que disloca los significados unívocos y abre el texto a significados heterogéneos; devela los procesos de constitución discursiva hegemónica que operan históricamente desde las sombras. En estudios de género, ha sido una herramienta conceptual importante aplicada a analizar críticamente la constitución de cuerpos e identidades hegemónicas y a mostrar la artificialidad del género y sus categorías.

En la actualidad, ‘deconstrucción’ se ha vuelto uno de los términos más repetidos en la cultura popular cuando se hace referencia al problema de las masculinidades. Sin afán de exigir ninguna fidelidad teórica ni remitir a la precisión conceptual, es relevante advertir la deriva psicologizante que la noción adquiere en el marco de la cultura terapéutica. En este contexto, el concepto suele usarse para dar cuenta de un trabajo dirigido hacia la interioridad psicológica, fundamentalmente individual, de revisión y actualización de la propia identidad de género. Este trabajo personal implica la identificación y la erradicación de los rasgos personales adquiridos durante la socialización patriarcal: creencias, actitudes, esquemas de pensamiento y respuestas emocionales. Una operación auto-referencial que posibilita una suerte de limpieza o purificación de rasgos masculinos tóxicos. Una suerte de *insight* psicológico que funciona, además, como un imperativo moral vinculado a la auto-realización y al auto-potenciamiento. De esta manera, un instrumento de crítica discursiva y cultural deviene en un mecanismo de evaluación moral individual donde es posible medir y comparar qué hombres están más deconstruidos que otros.

La estructura narrativa de los mecanismos de la autoayuda se funda en el supuesto de una carencia que hay que corregir, una insuficiencia que hay que subsanar o un potencial de desarrollo y crecimiento que ha de ser explotado. En este sentido, el sujeto puede, pero sobre todo *debe*, someterse a un proceso de auto-mejoramiento que es concebido además como un proceso inacabable. El varón que se implica en

los mecanismos de la autoayuda masculina ha reconocido ya la falta constitutiva de su yo (la socialización machista y patriarcal), y se dispone a superarla a través de una labor introspectiva y un trabajo sobre los propios pensamientos y emociones.

Una clave central de las llamadas ‘nuevas masculinidades’ es, precisamente, el cultivo del auto-control. Atrás quedó la imagen del hombre impulsivo, explosivo y desbocado, incapaz por naturaleza de medir su fuerza y contener sus pasiones. El control juega aquí, nuevamente, un papel importante, pero ahora dirigido con más énfasis hacia los propios impulsos y emociones. El gobierno de las emociones es aquí un clave fundamental, lo que resuena con el argumento de Elias (2015), según el cual el proceso ‘civilizatorio’ opera en buena medida través del gobierno social de las emociones y los impulsos (particularmente de los varones, podríamos observar).

En estos discursos, un aspecto importante en que se cifra el proyecto de reforma de las masculinidades y el tránsito a masculinidades ‘nuevas’ o ‘positivas’ es, precisamente, la vida emocional. Tanto las aproximaciones psicologicistas como los discursos de la autoayuda, proponen como una agenda centrada en la necesidad de identificar, controlar y expresar adecuadamente las emociones; saber distinguir claramente los sentimientos ‘positivos’ de los ‘negativos’ y entrenar las habilidades de ‘comunicación asertiva’. En otra de sus publicaciones, IDMAH afirma que “Mostrar ternura nos hace más fuertes”, en una sentencia que conecta directamente la exhibición emocional y la fortaleza asociada a la masculinidad hegemónica. Asimismo, es común encontrar contenido de divulgación psicológica en medios de comunicación que declara repetidamente la idea de que ‘los verdaderos hombres sí lloran’. Se observa, pues, una re-normativización de la hombría a través de los códigos de la emocionalidad, donde lo que queda intacto es, justamente, la noción de una hombría ‘de verdad’ y la fortaleza asociada a la misma.

Este gesto de auto-gestión y auto-regulación se observa también en la forma en que se plantea la relación de los hombres con su propio cuerpo y su salud en la cultura terapéutica. Atrás quedó la figura descuidada, despreocupada de su bienestar, su apariencia y su expresión estética. Estos discursos invitan a una constante ‘inversión’ en la propia imagen y en la potencia corporal como formas de actualización de poder que pueden obtenerse a través del cultivo de lo que algunos

influencers llaman ‘salud extrema’. Cranshaw (2007) ha mostrado la forma en que discursos de salud dirigidos particularmente a varones -por ejemplo, a través de revistas como *Men’s Health*- se aproximan a ellos como ciudadanos activos y emprendedores que deben mantener su propia salud y bienestar a través de una gestión racional de los riesgos que permita obtener el mayor beneficio posible en cada situación. La salud sale del estrecho apartado de la medicina y se vuelve una meta personal que atraviesa todos los aspectos de la vida, un objeto a maximizar y una fuente de potencia y competitividad. La preocupación por esta salud masculinizada, de acuerdo con la autora, funciona para reproducir masculinidades dominantes en el contexto de la racionalidad neoliberal.

Todo modelo de hombría que busca hegemonizarse o posicionarse como dominante ha de hacerlo en contraste y contraposición con formas de hombría consideradas carentes, insuficientes, inadecuadas, desviadas o débiles. Este mecanismo de política masculina entronca además con la estructura narrativa de la autoayuda que busca superar modelos ‘caducos’ o ‘carentes’ de masculinidad en aras de conquistar una mejor versión de sí mismo.

Las masculinidades nuevas y positivas con frecuencia se movilizan como una forma de superación y cancelación del hombre considerado peligroso e incontrolable, una masculinidad incivilizada que es necesario adiestrar y rehabilitar. De esta forma, estos discursos de masculinidad despliegan una suerte de razón ilustrada, modelos de hombría instruida y ‘deconstruida’, moralmente superiores, que se contraponen a masculinidades consideradas atrasadas e irracionales. Con frecuencia, esta distinción ocurre a través de un marcaje de clase, circulan mayoritariamente en una audiencia de clases medias y altas, dispuestas a emprender la tarea de mejorar su capital social y personal (y consumir los productos y tecnologías terapéuticas que facilitan el camino). Con frecuencia, los varones pertenecientes a sectores precarizados y racializados son identificados casi automáticamente, a través de un proceso de representación y estereotipia, como portadores de esa masculinidad considerada ‘tóxica’.

El estado y el mercado en estos contextos tercermundizados (como México y los países latinoamericanos), producen las masculinidades violentas y salvajes que después buscan intervenir y controlar. Como argumenta Valencia (2010), en los escenarios marginalizados de las sociedades neoliberales, a los varones racializados

y empobrecidos, despojados y condenados a la supervivencia competitiva en un orden necropolítico, sólo les resta su cuerpo y su fuerza física que ponen al servicio de los mercados de la violencia tanto legal (e.g. cuerpos policíacos y militares) como ilegal (e.g. delincuencia y crimen organizado); ámbitos que, además, se confunden y superponen continuamente.

Estado y mercado, por un lado, contractualizan oficialmente la idea del hombre no violento, consciente y liberal, mientras que, por el otro, producen la mano de obra, fundamentalmente masculina, necesaria para la reproducción de la violencia sistémica. En esta operación, las retóricas institucionalizadas y mercantilizadas de las masculinidades ‘nuevas’ y ‘positivas’ juegan un papel relevante puesto que contribuyen a (re-)instalar y refuncionalizar, a través de mecanismos psicologizantes e individualistas de gestión de la hombría, la dicotomía civilizado/bárbaro.

4. Para concluir

Lejos de realizar un análisis exhaustivo y ofrecer tesis concluyentes, hemos buscado explorar algunas preguntas y esbozar una vía de indagación, donde la masculinidad puede leerse como un objeto de interés y un tropo central para los conocimientos y las prácticas psi de nuestro tiempo. Se trata de formas que transitan o se expanden de las estrategias más típicas de la institución científica y de la psicología normativa, cuyo ejercicio es más disciplinario -orientado a la vigilancia, el control y la corrección de las desviaciones y la rehabilitación desde la experticia- a formas de gestión que operan de manera más dispersa y a distancia, en el marco de lo que Deleuze (2006) llamaría las sociedades de control. Estas estrategias pueden pensarse como formas de gubernamentalidad que operan ‘a través de la libertad’ (Foucault, 1990; Rose, 1999), ya no como coerción o imposición explícitas de autoridades externas, sino por medio de recursos simbólicos y pautas comportamentales que los sujetos adoptan como propias y aplican sobre sí mismos. Estas dos estrategias no guardan una relación de sustitución o remplazo sino de coexistencia y, en buena medida, de complementariedad.

Los procesos de psicologización de la masculinidad, en sus múltiples modalidades y cualidades discursivas, son funcionales a estrategias de gestión de la subjetividad asociadas a los valores identitarios de afirmación neoliberal individualista, la búsqueda sistemática de la realización como forma de capitalización personal, el emprendedurismo como clave del éxito y el potenciamiento del yo generizado. En los discursos y los dispositivos de psicologización de la masculinidad se producen representaciones, se plantean dilemas y se proponen soluciones prácticas a los problemas y disyuntivas de la materialización de la hombría en el mundo contemporáneo; se despliegan normatividades y tecnologías del yo masculino.

A menudo, los discursos psicologicistas y la cultura terapéutica suponen una asimilación y una particular digestión de los planteamientos críticos y las herramientas conceptuales de los feminismos, las disidencias sexo-genéricas y los estudios de género, para traducirlos en fórmulas de auto-evaluación e intervención de las propias cualidades identitarias y psicológicas. Así, corren el riesgo de despojar dichas demandas de su dimensión política y estructural para reconducir las agendas de lucha y emancipación a programas de intervención terapéutica. En este sentido, la psicologización facilita la deglución de perspectivas críticas por parte de las instituciones estatales y el mercado.

Estos argumentos no ignoran que el trabajo en el plano psicológico y psicosocial con varones puede representar efectivamente un avance muy importante en la tarea de combatir jerarquías y disminuir las violencias masculinas cotidianas. El plano psicológico es clave puesto que ahí se inscriben y materializan las políticas de género, que se traducen en subjetividades encarnadas que van a reproducir formas de violencia en el orden patriarcal. Por tanto, las aproximaciones que atienden esta dimensión son útiles y necesarias para el conjunto de recursos y estrategias de cambio social. Sin embargo, éstas no son suficientes y, acomodadas y refuncionalizadas en ciertos circuitos, pueden contribuir a la continuidad de formas de dominación sexo-genérica en intersección con formas de poder atravesadas por el clasismo, el racismo y el capacitismo.

Nos encontramos ante una aparente paradoja en donde, por un lado, existe un interés público inusitado por cuestionar y transformar las masculinidades, iniciativas que intentan reconcebir, 'modernizarla', erradicar sus rasgos machistas y patriarcales; por otro lado, se observa una agudización de políticas reactivas

machistas y patriarcales –*backlash*– y el recrudecimiento de violencias masculinas exacerbadas, particularmente crueles y letales (Segato, 2018). La persistencia y el fortalecimiento de discursos sexistas y cosificantes; la proliferación de iniciativas de reforma de la masculinidad. El *coaching* machista y la escuela de deconstrucción. Una gramática común que comparten ambas pedagogías es, precisamente, su cualidad psicologizante y el uso de las lógicas de la autoayuda para intervenir sobre uno mismo y potenciar la propia masculinidad, en una o en otra dirección. Pero también, de la emulsión entre ambas pueden generarse figuras como las de ‘sexismo *hipster*’ y ‘machismo *light*’ (Valencia, 2015).

Así, es posible que ambas direcciones, aparentemente contradictorias, formen parte de un mecanismo articulado que las integra en términos de gestión de la individualidad psicológica y la masculinidad como estrategia de capitalización. Se trata de mecanismos que cifran la clave de la transformación en el orden psicológico. La individualidad psicológica como objeto prioritario y quizá exhaustivo de las acciones sobre la masculinidad. Tanto las masculinidades ‘positivas’ como las ‘tóxicas’ son funcionales al capitalismo tardío en los contextos precarizados de las sociedades latinoamericanas. Ambas funcionan como caras distintas de un mismo proceso de gubernamentalidad neoliberal que opera, en buena medida, a través de la psicologización.

Conviene entonces mantener un cierto escepticismo crítico con respecto a la manera en que se formulan y despliegan los proyectos de las ‘nuevas masculinidades’ y de las ‘masculinidades de verdad’; a la idea del ‘hombre nuevo’ y al rescate del ‘verdadero hombre’. Permanecer atentos a los riesgos del presente, a decir de Foucault. Observar la manera en que el dominio masculino, más que disolverse, puede re-organizarse bajo nuevas retóricas. Un proceso menos de liberación de las estructuras de género, y más de re-normativización y de (auto-)vigilancia genérica. Como argumenta Carroll (2011), el privilegio masculino actualmente ya no proviene de constituirse como sujetos universales, sin marca, sino de su capacidad de mutar y adecuarse a las demandas históricas y culturales. La persistencia de la dominación masculina puede pasar hoy por revisar y adecuar sus códigos y sus estéticas.

MARTÍNEZ-GUZMÁN, Antar.

«Masculinidades de autoayuda: Psicologización de la hombría y cultura terapéutica».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 207-240

Referencias

Adorno, T., Frenkel-Brunswik, E., Levinson, D.J. y Sanford, R. N. (1950). *The Authoritarian Personality*. Norton: NY.

Almeida, S., & Jablonski, B. (2011). El nuevo (viejo) hombre: masculinidad en los libros de auto-ayuda. *Arquivos Brasileiros de Psicologia*, 63(2), 28-38.

Balswick, J. (1988). *The inexpressive male*. Lexington Books/DC Heath and Com.

Béjar, H. (2014). Los orígenes de la tradición del pensamiento positivo. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 14(2), 227-253. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53731393012>

Burman, E. (1991). Power, gender and developmental psychology. *Feminism & Psychology*, 1(1), 141-153. <https://doi.org/10.1177/0959353591011018>

Carabá, A. y Segarra, M. (Eds.). (2000). *Nuevas masculinidades*. (Vol. 2). Icaria Editorial.

Carroll, H. (2011). *Affirmative reaction. New Formations of White Masculinity*. Duke University Press. <https://doi.org/10.1515/9780822393870>

Castro Gómez, S. (2015). *Historia de la gubernamentalidad I: Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. (Vol. 2). Siglo del hombre editores.

Connell, R. W. (2015). *Masculinidades*. Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.

Connell, R.W. (1987). *Gender and power: Society, the person, and sexual politics*. California: Stanford University Press.

Connell, R.W. (1998). Masculinities and globalization. *Men and masculinities*, 1(1), 3-23. <https://doi.org/10.1177/1097184X98001001001>

Cowlishaw, B. R. (2001). Subjects are from Mars, objects are from Venus: Construction of the self in self-help. *Journal of Popular Culture*, 35(1), 169.

Crawshaw, P. (2007). Governing the healthy male citizen: Men, masculinity and popular health in Men's Health magazine. *Social Science & Medicine*, 65(8), 1606-1618. <https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2007.05.026>

Danziger, K. (1985). The methodological imperative in psychology. *Philosophy of the social sciences*, 15(1), 1-13. <https://doi.org/10.1177/004839318501500101>

MARTÍNEZ-GUZMÁN, Antar.

«Masculinidades de autoayuda: Psicologización de la hombría y cultura terapéutica».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 207-240

Danziger, K. (1994). *Constructing the subject: Historical origins of psychological research*. Cambridge University Press.

De Haro, F. (2006). Administrar el yo: literatura de autoayuda y gestión del comportamiento y los afectos. *Revista española de investigaciones sociológicas (Reis)*, 113(1), 49-75.

Deleuze, G. (2006). Postdata sobre las sociedades de control. *Revista de Teoría del Arte*, (14/15), 183-189. <https://nuevosfoliosbioetica.uchile.cl/index.php/RTA/article/view/41444/42984>

Ehrenreich, B. (2012). *Sonríe o muere: la trampa del pensamiento positivo*. Turner.

Elias, N. (2015). *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica.

Farrell, W. (1974). *The liberated man: Beyond masculinity: Freeing men and their relationships with women*. Random House.

Fausto-Sterling, A. (2000). *Sexing the body: Gender politics and the construction of sexuality*. Basic Books.

Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. (Vol. 7). Paidós Ibérica Ediciones SA.

Foucault, M. (1997). *La voluntad de saber, Historia de la sexualidad*. (Vol. 1). Siglo XXI.

Furumoto, L. (1998). Gender and the history of psychology. In B. Clinchy y J. K Norem (Eds.), *The gender and psychology reader* (pp. 69-77). New York University Press.

García Dauder, S. G. (2005). *Psicología y feminismo: historia olvidada de mujeres pioneras en Psicología*. (Vol. 41). Narcea Ediciones.

Giddens, A. (2000). *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.

Gray, J., y Tiscornia, A. (2000). *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*. Editorial Océano.

Halberstam, J. (2018). *Trans*: una guía rápida y peculiar de la variabilidad de género*. Egales.

Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza* (Vol. 28). Universitat de València.

MARTÍNEZ-GUZMÁN, Antar.

«Masculinidades de autoayuda: Psicologización de la hombría y cultura terapéutica».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 207-240

Harding, S. (1997). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Ediciones Morata.

Harrison, J. (1978). Warning: The male sex role may be dangerous to your health. *Journal of Social Issues*, 34(1), 65-86. <https://doi.org/10.1111/j.1540-4560.1978.tb02541.x>

Hazleden, R. (2003). Love yourself: The relationship of the self with itself in popular self-help texts. *Journal of Sociology*, 39(4), 413-428. <https://doi.org/10.1177/0004869003394006>

Heaton, K. (2020). *Self-Help for Men: Unlock Your Inner Alpha Male and Increase Your Self-Confidence, Masculinity, Mental Toughness, Assertiveness, and Self-Esteem*. Primasta

hooks, b. (2004). *The will to change: Men, masculinity, and love*. Beyond Words/Atria Books.

Illouz, E. (2014). *Erotismo de autoayuda: 'Cincuenta sombras de Grey' y el nuevo orden romántico*. (Vol. 5008). Katz Editores.

Johnson, K. (2015). *Sexuality: A psychosocial manifesto*. John Wiley & Sons.

Keller, E. F. (2003). Gender and science. In: Harding S. y Hintikka M.B. (eds) *Discovering Reality. Synthese Library*. (Vol. 161). Springer, Dordrecht. https://doi.org/10.1007/978-94-010-0101-4_11

Laqueur, T. (1992). *Making sex: Body and gender from the Greeks to Freud*. Harvard University Press.

López-Sáez, M. y García-Dauder, D. (2020). Los test de masculinidad/feminidad como tecnologías psicológicas de control de género. *Athenea Digital*, 20(2), 2521. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.2521>

McLean, S., y Vermeylen, L. (2019). From getting ahead to getting back on one's feet: Performing masculinity as a self-help reader. *Men and Masculinities*, 22(4), 716-737. <https://doi.org/10.1177/1097184X17724188>

Minton, H. L. (2000). Psychology and gender at the turn of the century. *American Psychologist*, 55(6), 613. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.55.6.613>

Moskowitz, E. (2001). *In therapy we trust. American obsession for self-fulfillment*. JHU Press.

Murphy, K. (2001). What does John Gray have to say to feminism? *Continuum: journal of media & cultural studies*, 15(2), 159-167. <https://doi.org/10.1080/713657797>

MARTÍNEZ-GUZMÁN, Antar.

«Masculinidades de autoayuda: Psicologización de la hombría y cultura terapéutica».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 207-240

Nichols, J. (1975). *Men's liberation: A new definition of masculinity*. Viking Press.

Papalini, V. (2013). Tecnologías del yo": entre la gubernamentalidad y la autonomía. En R. Rodríguez Freire (Ed.), *El gobierno del presente. Materiales críticos*. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile (pp. 253-275).

Parker, I. (2010). *La psicología como ideología. Contra la disciplina*. Madrid: Catarata.

Rimke, H. M. (2000). Governing citizens through self-help literature. *Cultural studies*, 14(1), 61-78. <https://doi.org/10.1080/095023800334986>

Robbins, T. (1992). *Awaken the Giant Within: How to Take Immediate Control of Your Mental, Emotional, Physical, & Financial Destiny*. Fireside: St. Louis, MO

Rosario, V. A. (1997). *Science and Homosexualities*. London: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203390252>

Rose, N. (1990). *Governing the soul: The shaping of the private self*. Taylor & Frances/Routledge.

Rose, N. (1993). Government, authority and expertise in advanced liberalism. *Economy and society*, 22(3), 283-299. <https://doi.org/10.1080/03085149300000019>

Sedgwick, E. K. (1993). *Tendencies*. Duke University Press. <https://doi.org/10.1515/9780822381860>

Segato, R. (2003). *Las Estructuras Elementales de la Violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los Derechos Humanos*. Prometeo. Universidad Nacional de Quilmes.

Segato, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros

Shields, S. (1975). Functionalism, Darwinism, and the psychology of women. *American Psychologist*, 30(7), 739. <https://doi.org/10.1037/h0076948>

Sincero, J. (2013). *You are a badass: How to stop doubting your greatness and start living an awesome life*. Running Press Adult.

Ussher, J. M. (2006). *Managing the monstrous feminine: Regulating the reproductive body*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203328422>

Ussher, J. M. (2011). *The madness of women: Myth and experience*. Routledge.

Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. Barcelona: Melusina

MARTÍNEZ-GUZMÁN, Antar.

«Masculinidades de autoayuda: Psicologización de la hombría y cultura terapéutica».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 207-240

Valencia, S. (2015). ¿Nuevas masculinidades? Sexismo hipster y machismo light. *Topografías de las violencias*, 107.

Wright, K. (2008). Theorizing therapeutic culture: Past influences, future directions. *Journal of Sociology*, 44(4), 321-336.

Wright, P. (2008). *Ser-en-el-sueño: crónicas de historia y vida toba*. Editorial Biblos.